

EL FILO DE LOS BENDECIDOS I

EN EL SILENCIO DE LA ESCARCHA



Rubén Muñoz Segura

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Rubén Muñoz Segura

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Juan Muñoz
Diseño de portada: Rubén García
Supervisión de corrección: Ana Castañeda

ISBN: 978-84-1114-821-4

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Gracias a Dios por mi familia, sin vuestro apoyo este libro no hubiera sido posible. Agradezco todos vuestros consejos para sacar adelante esta gran historia.

Gracias a mi padre y en especial a mi madre por sus libros, desde Teo y Peter Rabbit hasta Los cipreses de Córdoba, y a mi hermana por prestar su talento de escritora para hacer una gran sinopsis.



CAPÍTULO 1

LOS CUENTOS DEL HAMBRE

La luz secreta de una vela nos llevaba en la amalgama de sombras y luz dorada a medio camino de cruzar el velo del espíritu. El dominio de la oscuridad se mantendría fuera mientras durase su llama. Miraba por la ventana hacia la penumbra entre los árboles, allá donde las sombras se entretejían con la niebla. Parecían bailar. Había figuras oscuras, quizás hombres, o quizás algo peor, algo como los brujos del bosque, los que hablaban con los espíritus y bailaban alrededor de fuegos de aquelarre abriéndose las tripas para tener algo que echar al fuego. O eso contaban.

Por la ventana a medio cerrar respiraba el frío. Su voluntad reclamaba de nuevo el trono del invierno. El viento casi apagó mi vela. La protegí con mi mano para evitar perder su luz.

La luz invitaba a una historia, a una que hablase de cosas invisibles... puede que una de terror para aquella noche; sin embargo, lo que necesitábamos era una de esperanza, una que no llamase a las tinieblas. Ellos no sabían leer —no habían visto ni sus nombres en tinta—, por ello sabía lo famélicos que estaban por palabras que les alimentasen el alma.

Así que le di un sorbo al vino y empecé a darles de comer:

Escucha con atención, seas pequeño o anciano, el relato que habla de un tiempo pasado, de cuando las leyendas que hoy se cuentan junto al fuego fueron historia escrita con la sangre de héroes inmortales; un relato que brilla como la Estrella del Norte en ese firmamento al que nosotros, los hijos de aquellos valientes, llamamos gloria.

Las tierras que muchos llaman hoy hogar fueron el tablero donde se cruzaron la espada y el hueso. Las guerras se sucedían invierno tras invierno creciendo en crudeza y devastación. Los pueblos se mataban

mientras el polvo lloraba por sus hijos. Y aún quedaban lágrimas para ahogar la tierra, pues todavía habría de venir El Mal que devastaría los reinos como la carcoma o la herrumbre borran las ruinas de la historia. Esta era la muerte que fue augurada, de la que fuimos todos prevenidos, la que nadie tomó como verdad. Y así, con la tierra tintada en rojo, entre oscuras brumas y rayos de fuego enfervorecidos se cernió sobre nosotros: Gaeth, La Perdición de los Tiempos.

Fue un juicio emitido y una sentencia proclamada. No atendimos la Voz del Único que nos exhortó muchas veces, y al fin el fuego prendió. He aquí que cayó La Perdición. Las tierras se anegaron de negra muerte, las montañas temblaron, llegaron los tiempos a su fin.

Del Norte vino el hálito frío que agostó el calor del mundo. Vientos crueles soplaron furiosos congelando los días, sumiéndolos en la fría oscuridad del olvido. Se alzaron los hielos como los colmillos de la muerte conjurados por el rey oscuro de la Tierra Muerta: él fue La Congelación.

A través de mares venenosos de verde enfermizo, corrompiendo la vida, ahogando en podredumbre los pastos, ocultando las estrellas entre nubes trémulas de pestilencia llegó el azote de la plaga: La Putrefacción, consunción de todo lo vivo.

Del fuego oscuro fue engendrado el verdugo de los hombres, envuelto de una prisión de hierro devorado de llamas; un guerrero descomunal de aterradora forma que vino comandando ejércitos interminables. El Campeón de la Muerte, la Espada del Fin: él era La Destrucción.

Estos fueron los mensajeros que llegaron como el toque de trompeta que anunciaba lo que estaba por venir. Y tras ellos vino el que habría de encarnar la sentencia final: Gaeth, La Perdición.

Pero no llores, pequeño, pues donde hubo dolor surgió la esperanza. De un infierno sin final se levantó entre los hombres la Luz Guía que cual centella surca los cielos, un guerrero que no desoyó la llamada, aquel que guardó la voz del Único. Su nombre era Lodred, el león de batalla, la cura y remedio que abatió a La Perdición.

Y he aquí que cabalgó por vastas tierras, combatió en innumerables batallas, hizo la paz entre los pueblos y, bajo un estandarte de vieja gloria tejido por los rectos consejos del Único, encaminó a los ejércitos fortalecidos por lazos fraternales contra la oscuridad devoradora. Su ímpetu logró levantar ante la mismísima Perdición una égida redentora frente a la que se deshicieron sus negras mareas de guerra.

No pudo escribirse cuán grande fue la lucha final entre la Perdición y el León. Sobre las cumbres del Vacío pelearon el monstruo devorador y el guerrero ungido. Lodred recibió la bendición más alta imaginada, convertido en un reflejo del sol, en un guerrero santo ceñido de poder, y por su tan alto corazón le fue entregada la espada, El Filo de los Bendecidos, que en señal de pacto bajó del cielo, y con ella desterró a La Perdición del mundo.

Luchó por nosotros, los que hoy vivimos en ciudades que antes eran solo sueños. Luchó y murió por devolvernos la vida que habíamos perdido. Su nombre se grabó en la larga historia y su recuerdo es la llama que nos indica cuál es el camino hacia donde debemos dirigir nuestros pasos.

Esta es la historia de la más alta honra jamás presenciada. No olvides nunca la palabra dada y atesora la verdad por el resto de tus días, hijo de entre los hombres, para que no andes en los senderos oscuros que aguardan a cada paso de tu viaje.

CAPÍTULO 2

SEDA Y ARPILLERA

—Menudo montón de mierda te ha salido de la boca, Feiron. Lástima que solo sea un cuento para asustar a los niños: una mentira con pretensiones —dijo el petimetre.

—*Fero*, ¿es mentira? —Al chiquillo le costaba pronunciar mi nombre, aunque también a algunos ya creciditos.

—Por supuesto que no, yo no te mentaría. —El crío no tenía edad para saber lo que era un embuste. Tampoco era una historia para recién salidos del cascarón, a juzgar por los lagrimones que asomaron en aquellos ojos tan grandes—. No le escuches —le dije acariciándole los rizos—. Hay gente que nunca cree lo que no puede ver con sus ojos.

Yo solo era un joven con ínfulas de cronista, pero aquello era historia antigua.

El petimetre era repulsivo. Graznó una carcajada provocando que un reflujo de vómito le resbalase por la barbilla. Tenía mi misma edad, casi dos décadas cumplidas, pero por su aspecto cualquiera le ponía años de más: parecía un niño achacado de un maleficio de vejez. Puede que este fuese de sangre azul y que llegase al mundo entre sábanas de seda —cuando lo normal era precipitarse sobre arpillera— pero su estrella estaba torcida: un mal de huesos le había dejado a medio hacer.

—¡Y entonces mató al monstruo malo!

El pequeño daba sablazos al aire con su cuchara de madera. La espada que bajó del cielo se convirtió en un trozo de olivo que servía para alimentarse. Y se fue con su espada para contar con ella la historia entre las mesas. Creo que lo hacía mejor que yo.

—Estamos hartos de tus cuentos, Feiron. ¡Cuenta una historia de verdad o

ponte a contar una de faldas! —dijo el petimetre. La verdad es que se parecía a un pollo de buitre medio hecho. Era repelente, y no solo por su aspecto desmejorado con tendencia a la asimetría, sino porque además rezumaba de continuo una mezcla ácida de odio y rencor como parte de su sistema de defensa.

El medio buitre quería que contase una de faldas. Bueno, pues le hice caso.

Escogí el fragmento de una historia arraigada en la tierra de las fábulas. Una siniestra, inspirado como estaba por el frío de la ventana y las sombras que bailaban en el bosque. Una con la esencia mística de una mujer.

La Congelación, el rey oscuro. Él y su dama venían con el viento del invierno. Amaban pasear por el jardín del frío, donde la única luz viene de las estrellas y la hierba es escarcha y las flores son los cristales del hielo. Venían a apagar todas las velas, a llevarse el alma de los fuegos y a extinguir todas las luces.

Esta historia estaba ineludiblemente unida al frío del fin del otoño, cuando las hojas habían dejado los árboles y sus ramas enervaban desnudas el cielo cuajado de gris. Se contaba después de echar un trago de algo fuerte. Si hacía frío, este cuento parecía atraído por una fuerza magnética, especialmente en las noches sin luna.

Era fácil sentirlo, aunque jamás se admitía. Era fácil darse cuenta. Se percibía en el cuento un matiz oscuro. Rey y reina venían de noche, donde fuera solo había frío, para llevarse el alma de los fuegos. Del fuego, y de quienes lo hubieran encendido.

Ahí estaba el miedo escondido.

Por eso nadie se reía de este cuento a menos que se hubiese bebido más de lo prudente, nunca a solas en el bosque tenebroso, siempre junto a un fuego rugiente.

El invierno había vuelto. Y su gélido respirar había pintado el cielo de silencio. ¿Habrían vuelto el rey oscuro y su dama? Si era así, plantarían las flores del hielo, germinarían los cristales en las ramas muertas de los árboles, se llenaría la hierba de escarcha y arrancarían el alma de los fuegos, empezando por el que ardía en el hogar de piedra de este último refugio donde me bebía un medio de vino por medio cobre. La dama y su rey

paseaban por su jardín de frío buscando luces que apagar y almas que arrancar. Y empezarían por esta posada, porque entre estas paredes de piedra y roble ya convivíamos con ese matiz oscuro.

Solo era un matiz entonces, parecido a una reverberación. Apenas audible, todavía invisible. Una pincelada, una nota, una grieta en el espejo que distorsionaba las cosas.

Solo una gota del perfume del misterio, por ahora.

Me aparté de los ojos la maraña que tenía por pelo, ocre como las hojas de otoño. Así me llamaban algunos, *el muchacho del pelo de otoño*, porque bajo cierta luz, algunos de mis cabellos eran rojizos, castaños o dorados: como las hojas de otoño.

Mi público se dispersó en busca de una jarra donde sumergir el seso. Solo se quedó el chiquillo con los pies colgando de la silla. Le brillaban los ojos. Así que le conté algo sobre niños que se aventuraban en los sueños, y no se apartó de su cuchara, por si aparecían más monstruos.

Pero todo esto solo eran fábulas.

Cuentos.

Solo eran los sueños de un niño.

Ah, pero con los sueños se fraguó el mundo. Y esto solo es un sueño que empezó con una historia, una que hablaba de Lodred, de Perdición y sus acólitos, cuyos nombres suenan a los tañidos que traen muerte: *Congelación*, *Putrefacción*, *Destrucción*. Esta gran fábula de soñadores se fue curvando y retorciendo dando lugar a hebras infinitas que al final se encontraron con nuestras vidas.

El mundo es una granada que esconde multitud de perlas cristalizadas, cada una encierra un misterio, cada una lleva un secreto, y en una de ellas estaba encerrado este comienzo, nacido en el frío silencio de la escarcha.

CAPÍTULO 3

SILENCIO

Ese lugar era el último refugio donde todos acababan huyendo. Últimamente del frío —cuando oscurecía era peor que unos clavos— aunque sobre todo de las miserias que intentaban dejar en la puerta, sin embargo, se les pegaban como el mal olor y ambos conseguían entrar.

Por eso dejaba la ventana abierta, para respirar un poco de lo que no había afuera y mareaba adentro.

Un soplo con voluntad apagó mi vela. El frío era celoso: mataba hasta el más pequeño de los fuegos.

Alguien me cerró la ventana, luego se fueron sentando a mi mesa e inmediatamente el aire se volvió irrespirable —hasta el vino empezaba a saberme a mierda— así que preferí vérmelas con el frío: era un compañero más civilizado.

A fuera esquivé a una pareja que se metía entre los barriles, la mujer y el esposo de alguien: tendría que andar bastante para dejar atrás tanta basura.

Por ello me fui al bosque: un nicho de soledad que se dejaba violar de vez en cuando para desvelar que los árboles y la oscuridad eran mejor compañía la mayoría de las veces.

Qué frío hacía. La escarcha lo inundaba todo —se me antojaba arte de pedrería que superaba al mejor maestro—. A la luz de la luna era sublime, sin embargo, con la ropa llena de agujeros sabía que pronto daría un último sorbo de aire, aguantándolo en mis pulmones, antes de volver por el calor del rebaño.

Me alejé un poco más hasta perder de vista el ámbar de las ventanas, tratando de escapar de algo de lo que no podía: para mí las tinieblas no estaban delante; las dejaba detrás.

O eso pensaba. Había una voz en el silencio. Lo notaba. Había lágrimas congeladas en la escarcha.

En las noches de invierno se respiraba algo más que frío. Si te quedabas callado, a fuera cerca del bosque, podías sentirlo. Mientras mirabas las estrellas y la helada se te metía en el cuerpo, podías casi oírlo. A eso sonaba la pena. Era en esas noches cuando se hablaba de ella, de la Dama, la doncella de las tinieblas, consorte de *Congelación*.

*Morena la melena,
de piel blanca,
en sus ojos un enigma
y el alma llena de pena.*

En la oscuridad era fácil perderse, ya no sabía muy bien dónde estaba, y desde esos cuentos de los que está preñado nuestro cerebro creo que algo se me escapó para andar entre la escarcha: un fantasma de mis delirios; la Dama.

Tres tumbas negras a la luz de la luna. Túmulos de tierra adornados con la flor del hielo. Y allí una mujer los lloraba —mi fantasma—. Sus manos cruzadas en el regazo, su velo formando parte del vapor del viento y el hilo de su vestido hilado de sombra y noche... realmente parecía nacida de mis miedos.

La voz en el aire era su silencio.

Si hubiera sido uno más del ganado de por allí, la palabra *espectro* me habría hecho correr de vuelta a la seguridad de la manada; pero yo no era un cualquiera —aunque una parte de mi cerebro le gritaba a mis piernas—. Controlé mis muslos —y lo que colgaba entre ellos para no mojarme los pantalones— al acercarme.

Apenas levantó la cara del suelo al oírme.

—¿Quién eres? ¿Qué te ha pasado? —le pregunté.

A través de la fluidez de su velo apenas podía ver el brillo de sus ojos, aunque pude ver una cosa: que sus ojos retaban a la noche por atreverse a llamarse *oscura*.

—Cuánto dolor —dijo. Su voz sonaba a nada.

—¿Quiénes son? —le dije señalando las tumbas.

—Una madre, unos hijos... —Uno de los túmulos era del tamaño de un bebé.

—¿Tu familia?

No me atreví a tocarla. Si eran suyos esa mujer sería más frágil que el cristal.

—El frío nos ha matado. Nos ha encontrado en la noche.

La fantasmagoría de esa mujer estaba muy conseguida, tanto que me convirtió en una oveja simplona haciéndome salir de allí con escalofríos.

El viento cambió de dirección arrastrando un aroma a flores fuera de lugar en esa noche helada, una de las tantas que nos tocaron mientras se iba marchitando el otoño entre la crueldad de la escarcha.

El viento arrastraba un poco de su perfume.

Me atreví a echarle un último vistazo, pero ella ya no estaba. En su lugar habían crecido los retoños del invierno.

Un rosal de hielo abrazaba las tumbas, adornándolas en la soledad del silencio.

Desde entonces ella aparecería en mis sueños, formando una alquimia extraña diluida allí cuando cerraba los ojos, esperando escondida hasta que me dormía para llenar mi mente de la terrible presencia de un miedo sin nombre.

Su perfume del olor de flores recién cortadas empezó a llenar mi consciencia. Quizás solo fuese el frío, quizás solo las horas gastadas entre vino y cuentos, pero algo me fue llevando a la oscuridad del sueño; y cuando casi alcanzaba el círculo de una hoguera prendida en algún lugar del bosque, cuando ya notaba el aire templado alrededor del fuego, mis ojos se rindieron, quedando a merced de lo que estaba esperándome al otro lado de la

consciencia.

La tierra daba vueltas. Las rocas me raspaban la carne. Se me clavaban las piedras, me arañaban las espinas, me rasgaban las ramas, arañando mis párpados, arrancándome la piel, empapándome de sangre. La noción del espacio era difusa, el tiempo en ese lugar no existía, yo era el eje sobre el que las espinas y las rocas giraban, machacando mi carne como la muela de un molino.

Entonces la muela se detuvo. Estaba tumbado sobre la tierra, fundido con el barro, como si mi cuerpo fuese una aleación de carne y roca, mirando a un cielo lleno de negro noche. Notaba dolor, aunque algo distinto; formaba parte de la fibra de mis músculos, del nervio de mi carne, de los huesos de mi cuerpo: se sentía, se clavaba, pero no sobre la materia palpable, sino sobre la sustancia del pensamiento: profundo como los sueños. Sumergido en las oscuras aguas del delirio.

Me erguí. Una fuerza hecha de pensamiento me levantó del barro, empujado por una voluntad que yo no había formado. A mi alrededor solo había árboles, bruma y oscuridad. La semejanza con la realidad hacía difícil saber si aquello era sueño o si ya andaba despierto por el bosque. Caminé buscando la luz ámbar de los cristales, de vuelta a la luz de las velas que me llevarían a casa, pero los árboles se entretejían en la oscuridad sin senderos, sin final, parecía que en toda la tierra no hubiese nada más que sombras y bosque.

¿Estaría dormido todavía?

El paisaje había cambiado. En algún momento crucé un velo invisible que daba paso a un lugar frío, donde el aire estaba hecho de miedo, donde se respiraba el terror de algo que no podía verse: me sentía rodeado de dientes, dentro de unas fauces a punto de devorarme.

¿Todavía dormía?

Miré bajo mis pies. Y ahí no había nada. Solo pisaba el vacío de la oscuridad. Quizás caminaba sobre un vidrio que cubría aquella sima, una herida enorme abierta en la tierra, cuyos bordes afilados eran los dientes de las fauces que amenazaban con comerme. El terror era la gangrena que supuraba de aquella herida en la tierra.

La oscuridad me tragó. Caí por la sima. Quizás el vidrio que me sostenía se rompió en silencio precipitándome al interior de aquel agujero. Caí hasta donde solo hay oscuridad. Toqué fondo.

Allí había algo.

No estaba solo. No podía verlo, no podía darle nombre, pero podía palparlo. Era la piel blanda de un gusano, la superficie de un ojo, la peste de las tripas y de la carne fétida. Y eso no era nada comparado con la vomitiva presencia de una sonrisa detrás de las sombras: una cuyo mal aliento olía a depravación.

Eran los cuentos de Perdición narrados a la luz de las velas que volvieron a mis sueños para cobrarse venganza.

Un viento frío me trajo de vuelta. Cuando desperté solo quedaban ascuas en la hoguera. Podía ver las luces más allá de la linde del bosque. La luz de las velas me llamaba.

Por un instante no supe si aquello era todavía sueño o si ya andaba despierto de vuelta a la posada.

CAPÍTULO 4

QUIEN TIENE UN AMIGO...

Todas las penas eran barridas cuando la campana anunciaba la hora de la cena. Las espaldas dobladas, las manos trilladas por años de trabajo y las pieles tintadas por el sol de muchos días rejuvenecían cuando la campanita sonaba llamando a todos a la olla. Aquel puchero preñado de grosuras (de lo que fuese que conseguían agarrar), borboteaba con un caldo espeso, contundente hasta para resucitar a un muerto.

Nos reuníamos en torno a una mesa hecha de una sola pieza de un pino centenario. Las madres llenaban los buches de sus criaturas parcheadas de lamparones, mientras los jovenzuelos lanzaban miradas sobre la mesa a las muchachas que, risueñas, se les maduraban bermellones los pómulos. El vino y la cerveza encendían un jolgorio que avivaba los ánimos, orquestado por una caótica mezcla de cantos toscos y cuerdas desafinadas, componiendo una sinfonía vulgar, pero muy sincera.

Mi pueblo era una familia unida por sangre y miseria, sustancias que lo empapaban hasta los cimientos.

El chiquillo que escuchaba mis historias se hartó de estar sentado y se puso a corretear por entre las mesas. Alborotaba como el pollo de un gorrión, hasta que la regenta lo tentó con alguna chuchería.

Se llamaba Evalie.

Su nombre inspiraba una naturaleza inusitada en aquella áspera tierra. La apodaban *La Reina Perdida* —nombre que también bautizaba a la posada— pues por su porte encajaba mucho más sentada sobre un trono de marfil que en ese lugar tan duro, tan poco principesco, ocupada entre fogones y sirviendo de mesa en mesa. Su belleza le había valido más de una historia digna de escuchar al fuego sobre caballeros andantes en busca de una

princesa perdida.

Pero así era ella, nadie que la hubiese visto olvidaba jamás a La Reina de Tabián. Por eso, el día que escogió marido, muchos jóvenes nos vestimos de luto.

Yo también llevé un jubón negro rigurosamente funerario.

Apenas había caído la noche cuando empezó a nevar, al igual que el día anterior sobre la misma hora. El estrépito de una silla interrumpió el bullicio de la cena. Ese ruido solía preceder a una pelea, y casi siempre las empezaba el mismo: el buitre medio hecho.

Se llamaba Jaerg, conocido en las altas esferas —y también en las más bajas— como hijo único de una poderosa familia. A parte de beber —y mucho— y prodigarse las noches en las mancebías, encontraba tiempo para gruñirle casi a cualquiera. Aunque ya nos habíamos acostumbrado: ladraba pero no solía morder, con escurrirse a un lado solía bastar. Sin embargo, por mí sentía un rencor especialmente retorcido. No había forma de que me dejara en paz.

Apuré de un trago uno de los muchos picheles de su mesa, saliendo de la posada mientras apartaba a la gente sin cuidado. Descolgó del perchero un capote de barragán azabache —más caro que todo el vino que se vendió aquel frío mes— mientras refunfuñaba en un lenguaje más propio de rufianes que de alta cuna. Antes de abrir el portón me clavó una fiera mirada; se la mantuve. Para dos conocidos como nosotros pocas palabras bastaban: me lanzaba un desafío, y él sabía que lo aceptaba.

Jaerg cruzó la puerta. Tras unos minutos me acerqué a *La Reina*. Su belleza a la tenue luz del hogar podía dejar sin palabras a mil poetas, además, la madurez de la treintena se la aumentaba como al buen vino la paciencia.

—Ponle al chico un plato caliente —le dije, disimulando un leve tartamudeo y un rubor adolescente, mientras le posaba sobre su bandeja un durillo de cobre. Ella me guiñó con gracia, susurrándome:

—Feiron, no te metas en líos.

Se me dibujó una sonrisa estúpida.

—No se me ocurriría —le respondí, fingiendo haberme sentido ofendido, con lo que Evalie esbozó una mueca de reproche.

No me fui sin antes echar un vistazo a mi espada —prestada y pidiendo el retiro—que reposaba en la pared junto al niño. Comía con voracidad mientras Evalie le enredaba los dedos en sus rizos.

Un presentimiento me pedía llevármela. Pero no lo hice.

No podía imaginar cuánto me arrepentiría de ello.

Hacía frío bajo la tenue nevada. Al poco de caminar encontré las huellas de sus botas, ridículamente pequeñas para alguien de su edad: su mal de huesos le estaba bien merecido.

«¿Tienes prisa, Jaerg?», pensé, oliéndole el narciso que dejaba en el aire.

Las huellas me llevaron justo adonde pensaba. Me detuve a una distancia prudencial de una cabaña repleta de trofeos de caza para remarcar su hidalguía —igual que cuando mean los perros marcando territorio—. Era de la familia de Jaerg.

Tenía el porche pringado de barro. Esperé agazapado a la sombra de un callejón. El silencio solo se desvanecía por el rumor del viento en la nevada que volvía a lapidarnos bajo el frío.

Las historias sobre muertos y espectros solían venir con el viento del invierno. Fue con aquella invernada cuando se rompió por fin el frasco que contenía todas ellas, para acabar las líneas de una profecía que terminaría por devorarnos a todos. Uno de esos personajes imposibles, recurrente en los guiñoles y los cuentos, era ese que tarareaba un viejo de camino:

—¡Ephrael, Ephrael! —gritó—. ¡Congelación, señor del frío, toma las vírgenes, coge el becerro, pero no llames a mi puerta!

Continué el rastro.

Me condujo a tres chozas más —llenas de pieles y olor a podrido— antes de dirigirse a un abetal velado tras la bruma. Las huellas aumentaban en número conforme seguía los pasos de Jaerg.

—Perro cobarde, ¿te da miedo andar solo cuando cae la noche? —Chasqueé con la lengua.

Esta rata estaba aprendiendo.

Conté cuatro juegos de huellas que corrían hacia el abetal. A punto estuve de volver por mi espada, pero entonces pasé junto a la herrería.

El herrero trabajaba el metal. La noche estaba avanzada, demasiado como para que ese acero fuese otro encargo más; no había nada cálido en la herrería esa noche —ni siquiera el fuego—. Era el hijo del herrero, uno del que no quiero revelar su nombre, por si la maldición caía también sobre cualquiera que se atreviese a nombrarlo. La noche anterior habían matado a su padre. Una deuda de cartas. Y la sangre contrajo otra deuda, una de matar o morir en el intento. Por eso estaba esa noche el hijo del herrero templando una hoja nueva, a la luz de una luna embrujada, cuando los astros marcaban el tiempo para las maldiciones, enfriando la espada en sangre en vez de agua, porque se decía que las espadas nacidas así nunca erraban cuando buscaban dónde clavar. El hijo selló el pacto con unas gotas de su propio cuerpo.

A los que vivíamos a la sombra de bosques y montañas nos alimentaban con cuentos prohibidos de brujería. ¿La razón? Había que destetar a los niños con tales historias para cuando viniesen los seres que habitaban los cuentos.

Bajo los rescoldos de la forja encontré un atizador de hierro. La punta brillaba color cereza.

Caminé hasta los abetos. Me detuve frente a una peña partida sin piedad por las raíces. Las huellas acababan aquí.

—¡Sal, Jaerg!

El olor a cerveza salió antes que él.

Tenía los nudillos blancos de apretar su espada —una que valía más que todo lo que yo había poseído en mi vida— dibujándosele una sonrisa al no verme ninguna: no reparó en la mano que me guardaba.

—Maldito bastardo —me insultó—. Vas a pagar por todo. Te cortaré en pedazos, a no ser que te arrastres y me pidas piedad.

—Te has vuelto muy valiente. Ya ves, Jaerg, no necesito una espada para darte otra lección. Aunque yo estuviese desarmado y tú tuvieses un séquito de perros falderos, te enseñaría modales *otra vez*.

Aquello parecía lo mismo de siempre: nada. Era un experto en dignificar sus huidas con el rabo entre las patas. Nunca lo herí más allá de su orgullo, aunque eso le dolía más que partirle una pierna, además no tragaba bien que tuviéramos algo en común.

Y lo teníamos.

Éramos aspirantes sumidos en un periodo de servidumbre para ver si merecíamos los derechos de pertenecer a la milicia. El arte de la espada y el de comportarse eran los pilares del aprendizaje. Una suerte, pues como eran tiempos de paz el alistamiento no era por la fuerza, sino que se desarrollaba por una trayectoria casi académica que culminaba con una licencia posesoria de derechos. Una significativa mejora de la jerarquía ciudadana a la que pertenecía: los mendigos.

Si bien esta posición me garantizaba una estabilidad —que me suponía no tener que pasar vergüenza mendigando en las esquinas—, no solo me enrolé para comer todos los días: fue porque era lo mejor que podía esperar de la vida —lo único, quizás—. Sin embargo, no era la comida lo que motivaba a Jaerg.

De familia de tradiciones, Jaerg, como único hijo varón, no podía permitirse ser el que cortase con generaciones de hombres de armas. Su padre era capaz de engendrar más hijos y borrar su primogenitura. Pero a él la espada no le venía tan a juego como las mujeres públicas y el vino caro.

Su primogenitura... el derecho a heredar un nombre. ¿Qué estaría dispuesto a hacer Jaerg por conservar ese honor ganado por otros? No me llegaba ni a la barbilla y era tan aguerrido como un galgo con hambre, pero si hubiese sabido entonces de lo que era capaz... habría salido corriendo.

Y pronto iba a saberlo: entre otras argucias, era capaz de matar a los hijos de la segunda esposa de su padre, envenenándola cuando aún los llevaba en el vientre.

Yo no había llegado muy lejos, pero lo había hecho por mí mismo, mientras que él por los colores de su heráldica, por las constantes sumas que su padre donaba para borrar del expediente sus *deslices*, y por mancharse las manos con la sangre de quién sabe cuántos nonatos.

Poco o nada, lo que tenía se lo debía a alguien que había cuidado de mí tanto como le fue posible, rozando de cerca lo que debía ser un padre. Él era *el capitán*, pero nosotros podíamos llamarlo Rostar. Aprendí del mejor, cultivando talentos que superaban con creces los de Jaerg, pese a todas sus lecciones compradas con oro.

Quizás ese era el germen de su odio hacia mí, que un sin casta como yo le

hiciera sombra.

—Nunca me dejarás en paz, ¿verdad? —Suspiré.

—Cuando reconozcas que tu madre te parió en el suelo de una mancebía.

No le aguanté mucho más. Se me ocurrió que podría callarle dándole un puntapié a una pequeña piedra, si le acertaba en la cara: funcionó muy bien. Se le quitaron las ganas de hablar, aunque decidió jugar con algo más peligroso que la lengua: se me lanzó espada en mano.

Esperé hasta el último momento. Entonces saqué lo que ocultaba tras mi espalda. El hierro caliente de la fragua paró el acero y, aprovechando su velocidad, le hice tropezar —tragó casi tanto barro como cerveza—. El buitre graznó al viento pidiendo ayuda.

Me mantuve indiferente al ruido de pasos que venía tras de mí, hasta que los tuve encima. Me agaché justo a tiempo, esquivando lo que sea que me peinase el pelo. Giré y propiné un golpe con el hierro, hincando de rodillas al matón: no le quedaron ganas de levantarse.

Pero todavía quedaban dos más, recordé demasiado tarde: no vi venir los virotes de ballesta.

Al primero lo guio la suerte para que impactase en mi peto. Solo logró añadirle otra abolladura —parecía más una bacinilla reutilizada—: si hubiesen usado una ballesta pesada me habría salido el virote por detrás. Pero con el segundo se me acabó la suerte.

Lo sentí arrancándome la piel del hombro —un calambrazo como cuando te pica una avispa—.

Entonces me di cuenta de dónde me había metido. Aquella no era una pelea más.

Jaerg se había propuesto matarme.

El miedo me hizo resbalar en el barro cayendo a plomo de espaldas. El peto me aplastó las vértebras.

Dos matones me aferraron los brazos. Jaerg se me plantó delante. Me apretó la garganta contra el afiladísimo filo de su espada —ya lo notaba dentro de mi piel—, pero como despacharme pronto le habría sabido a poco, comenzó a golpearme.

No podía protegerme la cara, aunque era un escuchimizado estaba poseído por una furia demoníaca; cada puñetazo dolía como si me estuviese dando con piedras. Me hormigueaba el labio, también los párpados, mis pómulos... Jaerg se estaba cebando. Se reía, dándole rienda suelta a sus manos, mientras su aliento se me pegaba en la nariz salpicándome con sus babas.

—Estáis muertos.

Una voz grave —como un trueno bajo tierra—, surgió de la nada. Volvieron la vista solo para ver cómo les llegaba un enorme puño de nudillos peludos —uno quedó inconsciente incluso antes de tocar el barro—. En cuanto a Jaerg, su apellido le salvó de recibir una reprimenda al más puro estilo de taberna: sus huesos enfermos se habrían partido bajo el ariete que eran aquellos puños. Fue levantado por las solapas mientras pataleaba en el aire. El mastuerzo lo lanzó como a un muñeco de trapo, mientras chillaba lanzando espumarajos.

La mala fortuna, o la justicia divina, quisieron que aterrizase de morros justo encima del hierro de la forja.

Chilló. El hierro le puso un pómulo colorado. Se me dibujó una sonrisa entre los moratones.

El mastuerzo parecía hijo de un oso pardo y su barba cobriza crónicamente desaliñada tampoco lo humanizaba demasiado. Maduro en la cuarentena llamaba la atención por su corpulencia, y si no hubiera sido por su delantal y la barrica a sus pies, cualquiera hubiera pensado que era el herrero; o un gigante de las montañas. No era otro que el dueño de la posada, el hombre más afortunado del mundo por estar casado con *La Reina Perdida*. Y se llamaba Ulric Klan: nombre que encajaba con su aspecto, no con sus faenas —demasiado carácter para unas manos llenas de manteca—.

—Maldita sea esa rata malparida. — Ulric daba miedo cuando llegaba tan lejos—. Y a ti no te perdono que montes una pelea así y no cuentes conmigo para evitar que te rompan la cara, o que te maten.

Aquella reprimenda llena de aspavientos encogía a cualquiera. Cada vez que gritaba era como el bocinazo de un cuerno en una caverna.

—No sabía que llegaría tan lejos, además, no te aviso porque eres capaz de matarlo a golpes, o de comértelo, ¡tragaldabas!

Se cruzó de brazos; su irritabilidad se le fue borrando tras una sonrisa mellada. Le hice gracia: se rio dándome zarpazos en mi espalda dolorida.

Su carácter era impredecible, aunque saliese por donde saliese, podías estar seguro de que no sería delicado.

Pero aún no había terminado para Jaerg. El golpe debió de enloquecerle, pues se lanzó con la espada en alto a por el oso pardo.

Entonces se oyó el chasquido de un arco y el siseo de una flecha. Una saeta de penachos blancos impactó en la hoja. La potencia del golpe, y la sorpresa del mismo, le arrancaron el arma de las manos. Jaerg miró hacia atrás. Solo vio la penumbra más allá de la nieve. No había nadie, o eso parecía.

A nuestro lado apareció una figura alta, envuelta en una capa (más bien en un nimbo de misterio) con el rostro embozado tras una capucha. Sostenía un arco con una flecha a medio tensar. El pobre Jaerg salió corriendo seguido de dos de sus perros.

—¡Esperad, os dejáis a uno! —gritó la figura encapuchada. Su voz estaba hilvanada con un acento extraño.

Uno de los matones dormía en el barro. Ninguno volvió por él.

Nos saludamos enfriados por la distancia y el tiempo. Se quitó la capucha. Cabellos argénteos de un tono gris flotaron en la brisa invernal. Sus ojos grises también eran una impronta de su origen desconocido. Hijo de la Niebla lo llamaron en el pueblo, pues apareció en un frío día de invierno cuando solo era un crío de no más de cinco veranos. Aunque para mí sus ojos no guardaban ningún misterio: podíamos mantener largas conversaciones sin abrir la boca, fruto de una infancia compartida de agreste libertad.

No tardó en ocupar el lugar de un hermano —algo que entre niños de la calle es casi una ley magnética—. Rostar también le dio un hogar. Aunque a veces ausente, él fue el padre que nos sacó de la miseria de los repudiados. Y fue nuestro *padre* quien le puso nombre: Argen, por sus cabellos argénteos y la profundidad gris de sus ojos.

Pero de eso hacía una eternidad. Mi *hermano* se había decantado por una vida forestal —las ardillas ni le insultaban ni le escupían—: casi se había hecho al papel de cazador ermitaño.

Recordé cuando nos dejó en una fría mañana velada en la niebla, desvaneciéndose en la bruma, dejándome una herida difícil de cerrar. El verlo de nuevo siempre reabría viejos reproches. Nunca le pregunté por qué nos dejó. *Se va porque no solo pertenece a nuestra tierra, sino también a un lugar que aún no conoce.* Fueron las palabras que Rostar me dijo.

Nunca quise reconocerlo, pero siempre supe que Argen solo estaba de paso. Él fue el primero en entenderlo.

Yo también lo estaba en la tierra que era mi hogar.

CAPÍTULO 5

LA MALA HIERBA

Evalie salía de la cocina chupándose los dedos. Vestía un delantal pulcro como un vestido de novia. Ni una mancha deslustraba la taberna; mimaba cada rincón como si fuese su templo: su iglesia siempre se le llenaba de hambrientos.

La puerta de la posada se abrió dando un portazo, empujada por una mano con carácter de sobra. Ella esperaba que su marido trajera otra barrica bajo el brazo, no al cazador: sus cabellos brillaban plateados a la luz de las velas. Gracias a su encanto y a su exótica raza pocas mujeres se le resistían, aunque Evalie era una de ellas.

Argen también vistió de luto el día en que Evalie eligió esposo.

Cuando ella abrazó a Argen —quien le sacaba cabeza y media— le encendió las mejillas: quién sabe lo que le encendió a su marido cuando le dio aquel beso...

Evalie solo sabía moverse con gracia, pendulando una coleta azabache que se le derramaba por la espalda.

—Bienvenidos. Me alegra que hayas vuelto, Argen. Feiron no sabe más que meterse en líos cuando te vas.—Evalie me guiñó un ojo. Se alarmó al verme los moratones—. ¡¿Lo ves?! ¡Esta vez ese *señorito* ha ido demasiado lejos!

Le quité hierro al asunto.

—Jaerg no volverá a molestarme en una temporada, si sabe lo que le conviene —respondí.

—A Feiron le faltaría un pedazo de carne si no hubiésemos aparecido. Aunque lo hemos pasado bien, ¿no, hermano? —me dijo Argen.

Evalie sonrió, dejando ver unas pequeñas arrugas en la comisura de sus

labios.

Se comportaba como si fuese nuestra hermana mayor: las dificultades producen familias insólitas.

Estábamos empapados de pasar el rato bajo la nieve. La calidez de la posada era la bienvenida que necesitábamos.

Se respiraba un ambiente reconfortante —junto con grasa y falta de aseo, aunque el olor del vino lo maquillaba— en contraste con el impávido exterior que se oscurecía cada vez más. Encontramos una mesa algo lejos del fuego.

—¡Brrr, hace un frío que pela! ¡El rey de la Tierra Muerta ha debido de despertarse de mal humor! —exclamó un paisano.

—Desde luego, el viento sopla muy frío. ¡La Congelación nos envía todos los pedos que le salen de su culo congelado! —se rio otro sentado en la barra.

—¡Argen, acércate a la barra y hablemos de los viejos tiempos! —le llamó Jano el zapatero.

—¿Hablar de los viejos tiempos? —otra voz se escuchó entre la multitud—. Pues son cincuenta años de historia, ¿o eran sesenta?

Los paisanos bromeaban del color de su pelo, que recordaba a las canas de un anciano.

El zapatero pagó dos pintas.

—Dame la jarra. Te hago un favor al quitártela de las manos, estás a punto de ahogarte en una de estas —le dijo el plateado.

Argen era un tema de conversación que prometía tanto misterio como carcajadas: era una obra literaria con patas. Como le pagaron en cerveza, les dejó que parloteasen de él sin hacerles mucho caso.

Ulric nos trajo vino y platos rebosantes de estofado. Las manos de Evalie sabían a cielo; maridadas con el mejor comensal —el vino— nos desbastó los ánimos por completo. Hablamos poco —tanto tiempo sin vernos nos agarrotaba la lengua—. Solo sacamos la nariz del plato para saludar a los parroquianos que nos caían bien.

Se pasó a olisquearnos un galgo con collar de clavos —recordatorio de que compartíamos territorio con lobos— lamiendo los dedos de Argen: el animal

agradeció las caricias como si fuesen el único trato amable en su vida.

Su amo, un trampero desgredado concebido con mala leche, le agarró de las orejas apartándolo de Argen.

—¡Te he dicho que no te juntes con los cerdos! —le gritó a su perro—. ¡Nuestra cerveza es para la gente de verdad, no para la mierda extranjera!

Argen depositó su jarra en el suelo. Con un silbido invitó al galgo a un trago.

—Yo invito a la gente de verdad a un trago, y a la gente de mierda los invito a esto —respondió Argen plantando sobre la mesa su enorme cuchillo de caza.

No éramos precisamente el santo de devoción de algunos. Tabián se cruzaba en el antiguo camino del norte, donde muchas caravanas confluían en su paso hacia los ducados septentrionales. Aquí en Tabián estaban acostumbrados a ver caras venidas de lejos pero, como en cualquier lugar, había malas hierbas que no gustaban de lo extraño. Por eso algunos miraban recelosos a Argen, herederos de una xenofobia calada desde antiguo: no se esforzaban en velar sus caras de desprecio.

De final nos sirvieron torrijas. Lograron endulzar el ambiente sobre la mesa. Cómo se las arreglaba Evalie para ofrecernos manjares de alta alcurnia como el azúcar y la canela era todo un misterio. Envolvían el paladar con la dulzura del beso de una madre. Su suavidad me fue relajando el resentimiento que me afloraba cuando Argen volvía de sus ermitañas soledades.

La intentona de Jaerg por degollarme solo nos ocupó un par de sorbos: no eran pocos los callejones que podían haberme hecho de tumba.

Había aprendido que debía evitar su perfume cuando me lo trajera el viento. Creí que si andaba con más cuidado —sin dejarme la espada al fuego — no correría peligro.

Estaba muy equivocado.

Me dolía el hombro. Lo tenía entumecido, además me estaba creciendo de tamaño, me noté un bulto considerable.

Fui a pedirle a Evalie un poco de antiséptico: me sonrió al usar esa palabra —demasiado rimbombante para un niño mendigo—. Ella misma me limpió la herida.

Con el vino fuimos remendando los lazos que se deshilachaban cada vez que Argen desaparecía tras el vedado misterio de los árboles. El vino y la cerveza le desataron la lengua entumecida por el aislamiento: sin un trago de algo bueno ni nadie con quien compartirlo.

—¿Cómo han ido las cosas por aquí? —me preguntó.

—Como siempre, las cosas van bien.

—¿Cómo está el viejo?

Hablar de Rostar le conmovía, aunque lo disimulaba.

—Bien, fuerte como un roble. Parece que nadie puede con él. Siempre vuelve entero.

Argen espiró, dejando escapar en su aliento unos cuantos nudos. Su frente se le descargó de arrugas.

—Es bueno saberlo. ¿Lo llaman mucho?

—No, y cuando lo despachan no suele irse lejos. La última vez estuvo fuera un par de semanas. Volvió para quedarse un mes. Fueron buenos tiempos.

—¿Dónde está ahora?, ¿está aquí en Tabián?

—No. Lo desplegaron con una compañía cerca de aquí, para hacer de niñera de unos novatos. Estará al caer, si te quedas unos días podrás saludarle. Se alegrará de verte.

Argen se removió en la silla. Pensé que quizás se veía obligado a rechazar la oferta.

—¿Y bien, qué me dices?, ¿te quedarás por aquí unos días? —le pregunté a sabiendas de que le estaba picando como las ortigas.

—Lo intentaré, tengo cosas que hacer en el bosque.

—¿De caza o...? —Dejé el resto en el aire. Argen me clavó sus pupilas; no aparté la mirada de aquellos ojos nublados. Se tomó unos segundos.

—No...

Podría haber asentido, mintiendo y zanjando así el tema. No lo hizo. Dejé que se tomara su tiempo.

—Estoy buscando algo que perdí hace mucho. —Eché un sorbo largo. Parecía que buscara coraje en el alcohol—. He conocido a alguien que puede ayudarme a saber algunas cosas.

—¿Qué cosas? —Le miré sin entender. Me devolvió una mirada tormentosa.

—Mis orígenes. Quiero saber de dónde vengo.

Así que era eso. La razón por la que se fue desapareciendo entre la bruma. Yo también había pensado mucho en unos padres que no conocía. Solía inventarme historias magníficas de cómo nos separamos, hasta que fui creciendo mientras veía de cerca la crudeza de la realidad. Dejé de engañarme. No iba a martirizarme. Vivía. Tenía a Rostar. Eso era suficiente.

—¿Por qué te importa eso de repente?

Argen se masajeó las sienes mientras buscaba las palabras.

—Llega un momento en el que esa pregunta crece en tu interior, como una zarza que se abre paso y conforme pasan los años echa espinas. ¿Qué pasó, quiénes fueron mis padres, o quiénes son mi pueblo? Soy extranjero para vosotros y en cualquier lugar al que voy. Excepto entre...

—¿Entre quienes? —Le noté algo raro en los ojos. Volvió a buscar coraje en la dorada.

—Entre la gente del bosque.

El silencio del miedo nos envolvió como en una burbuja que nos transportaba a un lugar lejos, donde no había nada ni nadie.

—¿Gente del bosque? —Me encogí, acercándome a su oído, preguntándole en un hilo de voz—. ¿Te refieres a brujos del bosque?

Argen asintió. Sentí la tormenta que llevaba dentro.

—Sí —confesó—. Dicen que pueden ayudarme.

Hablar de los brujos a la luz de las velas para contar cuentos prohibidos los atraía, los llamaba de noche, venían para degollar a los afortunados, porque a los más desdichados los usaban para llenar de carne sus calderos.

No podía creer que Argen los hubiese visto, menos aún entablado alguna relación con ellos.

—¿Qué te han dicho?

—Que saben de dónde vengo. Dicen que podrían llevarme allí donde nací.

—¿Y te vas a ir con ellos, con los brujos, así sin más?

—Todavía no lo he decidido. Podría ser peligroso.

—¡No me jodas, Argen, claro que es peligroso!

—Lo sé. Pero no creas todo lo que dicen las viejas. Son muy herméticos,

pero nunca he visto que sacrifiquen bebés como cuentan las historias. Aunque por ahora, no voy a ninguna parte. —Espiré aliviado. Sabía que decía la verdad—. Volviendo a Rostar, ¿sigue tan gruñón como siempre? —Cambió de tema.

—No, desde que te fuiste es todo abrazos y besos. Ha rejuvenecido veinte años al menos.

Argen estalló en carcajadas. Fue reconfortante verle reír.

—¿Vais a contar otra historia? —preguntó una chica con apenas edad para estar casada, y menos con aquel de la barra que bebía por tres.

—Esta vez no se tratará de ningún cuento estúpido —le respondió el galeno lanzándome una mirada acre por encima del hombro—. Voy a contaros algo que vi.

Logró atraer a unos cuantos a su círculo, seguramente con la intención de que le invitasen a un trago. El galeno no necesitó inventar un cuento de terror, con describir lo que había visto bastó para formar la semilla del miedo.

—Hace dos soles, en la tarde, llegaron siete jinetes —dijo. Seguro que fueron menos, pero el siete le da poder a una historia—. Salieron del bosque cuando el rojo del atardecer estaba a punto de extinguirse. Habían esperado a que anocheciese para ocultar lo que habían cazado.

Nuestro tratante de caballos, muy superior a nosotros en cuanto a destreza con el dinero, se unió al círculo. Lo llamábamos *perro viejo*, aunque no a la cara, y trataba a las historias como a los vinos: solo si eran buenos dejaba que se le subiesen a la cabeza.

—¿Qué caballos montaban? —preguntó. Yo ya sabía por dónde iba: si conoces al caballo, conoces al dueño.

—Destriers de combate. Fuertes *milsoudors*, los de *mil sueldos de oro*. No eran rocines, ni mucho menos.

—Una partida de caza. Juego de nobles —dijo el tratante.

—De caza, sí —afirmó el galeno—. Nobles, nada más lejos. Cazadores a sueldo. De los buenos.

—¿Y qué ocultaban?

—Un caballo llevaba algo sobre el lomo. Un bulto enorme, tapado por